

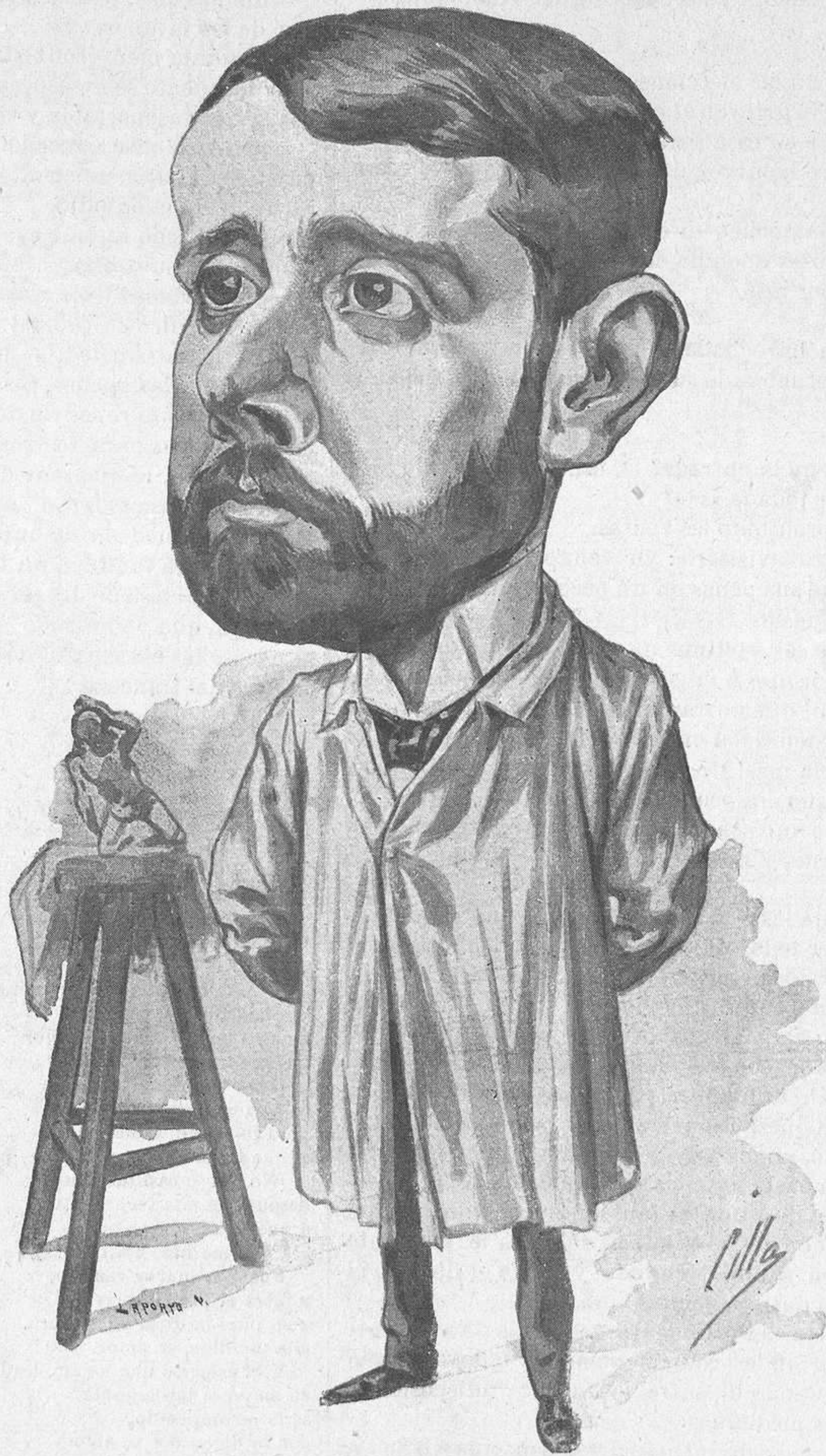


Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Antonio Susillo.)



—Se dice que mi cincel
tiene gran fama. Pues no;
el que la tiene soy yo,
que hago prodigios con él.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La estatua, por Luis de Ansorena.—¡El señor Molina!, por Fiacro Yráyoz.—El sombrero angelical, por Juan Pérez Zúñiga.—Blasfemia, por Sinesio Delgado.—El mozo de estoques, por Angel R. Chaves.—Andaluces sin acento, por Calixto Navarro.—Menudencias, por Federico Canalejas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Antonio Susillo.—Tres y repique (cuatro viñetas).—Lo que puede ocurrir (tres viñetas).—El mozo de estoques (cuatro viñetas).—España cómica: San Sebastián, por Cilla.

★

DE TODO UN POCO

No hay más remedio que escribir sobre elecciones.

En estos días críticos nadie piensa en lo de Cuba, ni á nadie le interesan los sinsabores domésticos, y todas las conversaciones se reducen á exclamar:

—¿Ha visto usted lo de Cabriñana?

—¡No me hable usted! ¡Esto se va! ¡Esto es el acabósel! ¡Aquí va á suceder algo muy grave!

Y, después de todo, aquí no sucede nada. Hace mucho tiempo que oigo decir lo mismo... y las cosas siguen como antes.

* * *

Mientras se celebraban las elecciones y los ánimos se exaltaban y la prensa ponía el grito en el cielo, los «amigos íntimos» de D. Antonio corrían á su casa para averiguar si había remitido la fiebre del ilustre hombre público, y si el trancazo era ó no era grave.

—¿Cómo ha pasado la noche?—preguntaba uno.

—Bastante tranquilo—respondía el criado.

—¿Ha preguntado por mí?

—No, señor.

—De seguro que me ha echado de menos—replicaba el íntimo.—Tengo muchas pruebas de su estimación. Voy á pasar á su alcoba.

—No es posible.

—¿Cómo? ¿Se me niega la entrada? ¿Á mí? ¿Á Bonifacio Gómez, el conservador de toda la vida?

—Los médicos han prohibido las visitas.

—Es que yo no vengo á visitarle: yo vengo á hacerle compañía y á que deposite sus penas en un pecho amigo.

—Pues no se puede pasar.

—Pues yo no quiero ser víctima de esta preterición humillante. ¿Conque es decir que á mí se me cierra el paso y hay sujetos, como Morlesín, que entran á todas horas y reciben directamente las impresiones del enfermo? Yo sabré lo que he de hacer. ¡Pues no faltaría más! ¿Negarme la entrada á mí, á mí, que le conozco desde que era pequeño y tengo un retrato suyo, dedicado á una tía de mi señora, y le he proporcionado el sastre que ahora le viste, y nos servimos de la misma lavandera?...

El amigo íntimo baja las escaleras echando demonios y llega al Círculo Conservador todo sofocado, para proclamar *urbi et orbi* que se le ha inferido un agravio, puesto que habrá pocos que sean tan amigos del enfermo como él.

—En cambio entran en la alcoba muchos caballeros que no tienen título alguno á la consideración del presidente—grita indignado,—y si no, ahí está López. ¿Qué ha hecho López? ¿Qué servicios ha prestado López? Toda la amistad viene de qué iba á esperar á D. Antonio, cuando era viudo, á la puerta de su casa y le acompañaba hasta el Congreso. En cambio, D. Antonio no le dirigía la palabra nunca; tanto que en una ocasión López tuvo la cara hinchada, y el jefe ni siquiera le preguntó de qué era aquello; en cambio, cuando yo tuve el flemón, él mismo me dijo que le pusiera encima una pasa.

Entre los admiradores del presidente que se las dan de amigos íntimos existen grandes competencias, y todos quieren entrar en la alcoba cuando él sufre la menor indisposición, con objeto de darle las medicinas.

Hay alguno que ha logrado introducirse, con motivo de la última dolencia de D. Antonio, y lo que ha hecho ha sido estorbar y revolverlo todo.

—¿Á qué hora se le da el caldo?—preguntaba al médico.

—No se moleste usted—contestaba éste.—Hay una persona encargada de esa operación.

—Ya sé quién es. Galíndez... Sí, de seguro que es Galíndez. Ese hombre se mete siempre donde no le llaman. Ayer fui á la cocina por un poco de agua caliente, por si el enfermo quería afeitarse, y allí estaba el maldito Galíndez, oliendo las cazuelas y vigilando los alimentos, como si no hubiese personas encargadas de este asunto. En todo se mete ese hombre. ¡Me han dado unas ganas de pegarle con la escoba en la cabeza!...

De nada sirve que los doctores prohiban terminantemente toda clase de ruidos cuando cae enfermo un hombre importante. El ilustre enfermo se verá asediado por sus admiradores, y uno le hará preguntas, otro tratará de amenizar sus horas diciéndole chistes, y alguno hasta le propondrá llevarse allí una bandurria para tocar un ratito y distraerle.

—¿Qué tal? ¿Se siente usted más aliviado?

—Sí, muchas gracias.

—Vaya, pues entonces voy á contarle á usted un cuento de mucha risa que oí anoche en el Círculo.

—Ya me lo contará usted en otra ocasión. Ahora estoy preocupado con las elecciones.

—¡Si es muy cortito!... «Pues, señor: iba un gitano por el puente de Triana y de pronto...»

—Buenos días: ¿cómo se ha pasado la noche? —entra diciendo otro de los íntimos.

—Bastante bien—contesta el personaje.

El del cuento se desespera y sale de la alcoba diciendo que hay gente insoportable y sin educación.

—¡Grosero! ¡Mal educado!—dice para sí.—Ve que estoy empezando á contar un cuento y me interrumpe de mala manera. Todo eso es envidia.

Si el enfermo fuese á hacer su gusto, comenzaría por dar órdenes terminantes prohibiendo la «amistad íntima» durante las enfermedades y los días de elecciones; pero es persona atenta y se sacrifica en pro del partido.

—Ya lo sabe usted; si hace falta que se quede aquí una persona por las noches, disponga usted de mí—decía uno.

—No necesito repetirle que estoy dispuesto á quedarme todas las noches para friegas ó para hacer hilas ó calentar el agua; en fin, lo que sea—decía otro.

—Para estos casos son los amigos—agregaba un tercero.—Disponga usted de mi inutilidad, Sr. D. Antonio. Si es necesario, vendrá también mi hijo, que tiene once años y puede hacer toda clase de diligencias en velocípedo, pues es ciclista.

En fin, que yo no sé lo que hubiera preferido D. Antonio: si perder las elecciones, ó soportar á sus amigos officiosos con motivo del trancazo.

Luis Taboada.

★

La estatua.

La peregrina belleza que en la escultura admiró, hizo perder la cabeza al genio que la formó.

—Ella hará inmortal mi nombre, dijo, al mirarla, el artista; mas yo lamento como hombre que como mujer no exista.

Obra de arte, acaso llega á la suma perfección... pero ¿por qué se me niega el que la dé un corazón?...

¿No tengo casi derecho, después de esta lucha loca, á que se anime ese pecho y á que me bese esa boca?

Fuera la mayor ventura, y fuera el premio mayor que, pues la di su hermosura, ella me diese su amor.

Y el esfuerzo que he empleado en empresa tan gigante sería recompensado con la dicha del amante.

Anímese el mármol, pues, y tome tonos de vida,

que si me tiene á sus pies y es sólo mujer fingida, al cambiar de condición y al ser mujer de verdad, será mayor mi pasión, mayor mi felicidad!

Y—¡Loco! dijo el que oía hablar al artista así... Por ser mujer muerta y fría enciende tu frenesí...

Diérala Dios pensamiento y diérala corazón, y empezara tu tormento con esa transformación.

Abandona esas quimeras y ese delirio fatal... ¡En cuanto la poseyeras caería del pedestal!

Lo que da fuerza á tu empeño, lo que tu mente extravía, es que es la mujer de un sueño que forjó tu fantasía.

Si Dios te diera el poder que reclama tu locura, ¡ni amaras á la mujer, ni amaras á la escultura!

Luis de Ansorena.

¡EL SEÑOR MOLINA!

Lo que le pasa al pobre señor Molina es para ahorcarse *todo* de alguna encina, ó pegarse dos tiros en un costado, ó beber aguardiente *de los del Prado*. Seis años ha que lleva día tras día trabajando el distrito de Valdefría, hasta que ya ha logrado, tras mil sudores, hacerse en ese tiempo con electores. ¡El dinero y los viajes que le ha costado el conseguir el acta de diputado, nadie se lo figura ni lo imagina! ¡Sólo lo sabe el pobre señor Molinal ¡Con decirles á ustedes —yo lo he sabido— que en tres ó cuatro días se le han bebido la cosecha pasada, que fué excelente, y á más de la de este año la del siguiente! Pero le importa un bledo labrar su ruina al nuevo candidato señor Molina. Porque es lo que él se dijo: —¿Quién piensa en eso si triunfando en la lucha

voy al Congreso? Allí estaré siquiera dos ó tres años bullendo en los pasillos y en los escaños, recomendando á cientos los expedientes (con sus *primas*, es claro, correspondientes), metiéndome en contratas y en otras cosas todas en condiciones muy ventajosas, y á poco que eso dure, como yo creo, sin que se entere nadie me redondeo. Y así pasó soñando con esta mina muchos años el pobre señor Molina. Después de mil disgustos y mil cuestiones, se hicieron en su pueblo las elecciones, y salió diputado por Valdefría con ochocientos votos de mayoría... Y ¡lo que son las cosas! el Parlamento le ha declarado *nulo* su nombramiento, y aunque tiene á estas horas el acta intacta... ¡ni le quedan cosechas ni sirve el acta!

Fraero Tráyzoz.



—Ya la siento acercarse. ¿Á que me da dos golpecitos cariñosos en la espalda?



—¡No han sido dos, ni cariñosos! ¡Ha sido *él!*

TRES Y REPIQUE



—Ella con un amigo. Pero ¡qué mirada tan rica me ha echado!



—Ahora le da esquinazo, de seguro, y viene á darme explicaciones.

EL SOMBRERO ANGÉLICAL

(NUEVA SOMBRERERÍA)

Al montar en el tranvía que á las Ventas va directo, me entregaron el prospecto de una gran sombrerería.

Y como algo he de escribir y no hallo asunto mejor, si lo permite el lector, lo voy á reproducir.

«¡Caballeros, atención! ¡mucha atención, caballeros! Nuevo almacén de sombreros de la plaza de Colón.

Con el título especial que encabeza estos renglones y aguantando privaciones y arriesgando un dineral, con entusiasmo profundo abro esta tienda, en la que de seguro calzaré la cabeza á todo el mundo.

Fundadamente supongo que no os es desconocida la frase tan repetida «estar solo como un hongo».

Pues esa frase al momento contadla con los difuntos, porque hay dos mil hongos juntos en este establecimiento.

No hay en el orbe chisteras, que aquí no tengan hermanas, ya sean como campanas, ya como chocolateras.

Hay hongos de un negro puro, hay otros blancos ingleses y otros hay que á los tres meses pasan de castaño oscuro.

Hago con gran ligereza sombreros muy elegantes hasta para los amantes que han perdido la cabeza.

Hago con fieltros eternos calañeses de *chipén* y hago tricornos también para el que tenga tres cuernos.

Para el clero en un pasillo del taller tengo una vieja que hace sombreros de teja y bonetes de ladrillo.

Hay género chapucero para los que, en su pobreza, por tener mala cabeza quieran darla mal sombrero.

Los tengo (y hay gran consumo) incombustibles, que vienen muy bien para los que tienen la cabeza llena de humo.

Para diestros con destreza los fabrico, como hay Dios, y otros grandes para los señores de la grandeza.

En cambio, en formas sencillas hago, en bien de mis bolsillos, sombreros chiquirritillos propios para *cabecillas*.

Ninguno en la población sirve tan pronto y tan bien como este nuevo almacén de la plaza de Colón,

y espera que acudiráis vuestro servidor sincero Joaquín Alas, sombrerero, teléfono ciento seis.

NOTA.—Al público ilustrado.
No confundáis este honrado
taller de sombrerería
con una cacharrería
que hay en la casa de al lado.

Por la copia,
Juan Pérez Zúñiga.

Blasfemia.

Dejó escrita la receta
por pura fórmula el médico,
convencido plenamente
de que era inútil aquello,
y mirando al enfermito
dejó la alcoba en silencio.
—¿Qué? le preguntó la madre,
y él contestó:—No hay remedio.

—¡Ese médico es un brutal!
No acertará; Dios es bueno
y no querrá castigarme
llevándose á mi pequeño,
pensó la infeliz, besando
la cabeza del enfermo,
que recobró nuevas fuerzas
con el calor de los besos.
—¿Verdad que no, vida mía?
Tú no estás malo, ¿no es cierto?
Y la pobre criatura
desplegó sus labios secos
y sonrió tristemente
con tan hondo desaliento
que aquella amarga sonrisa
quería decir:—¡Me muerol

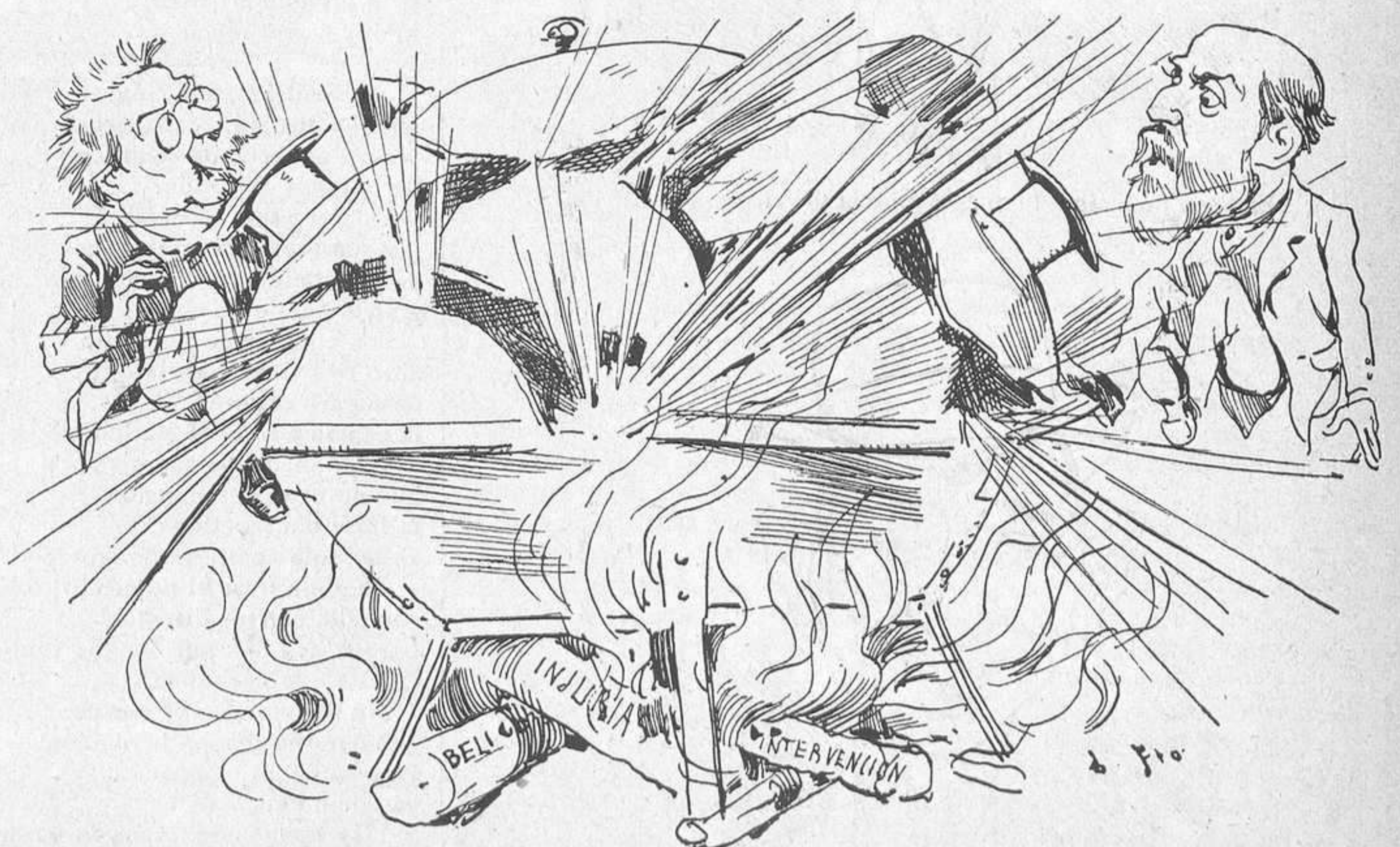
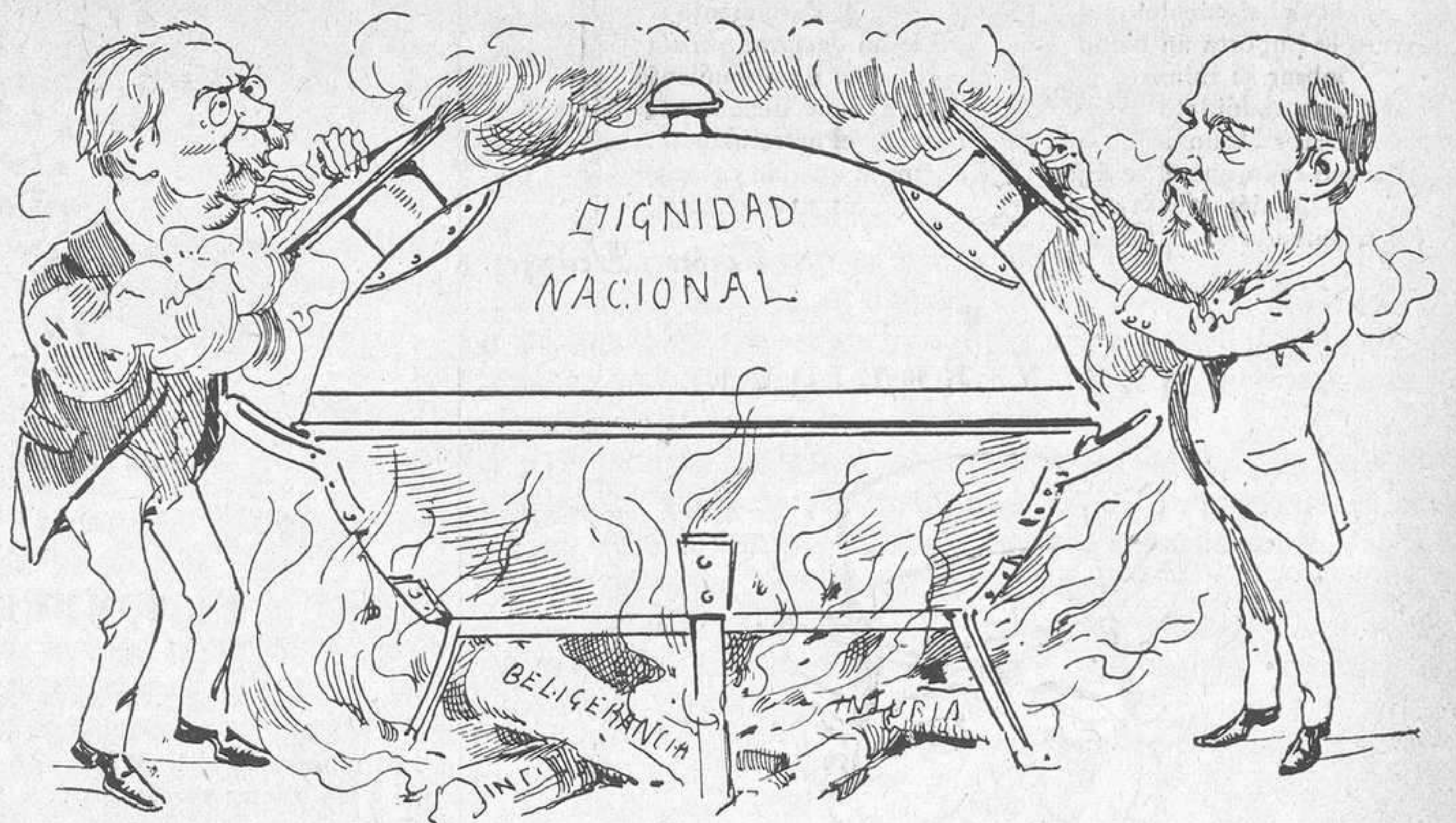
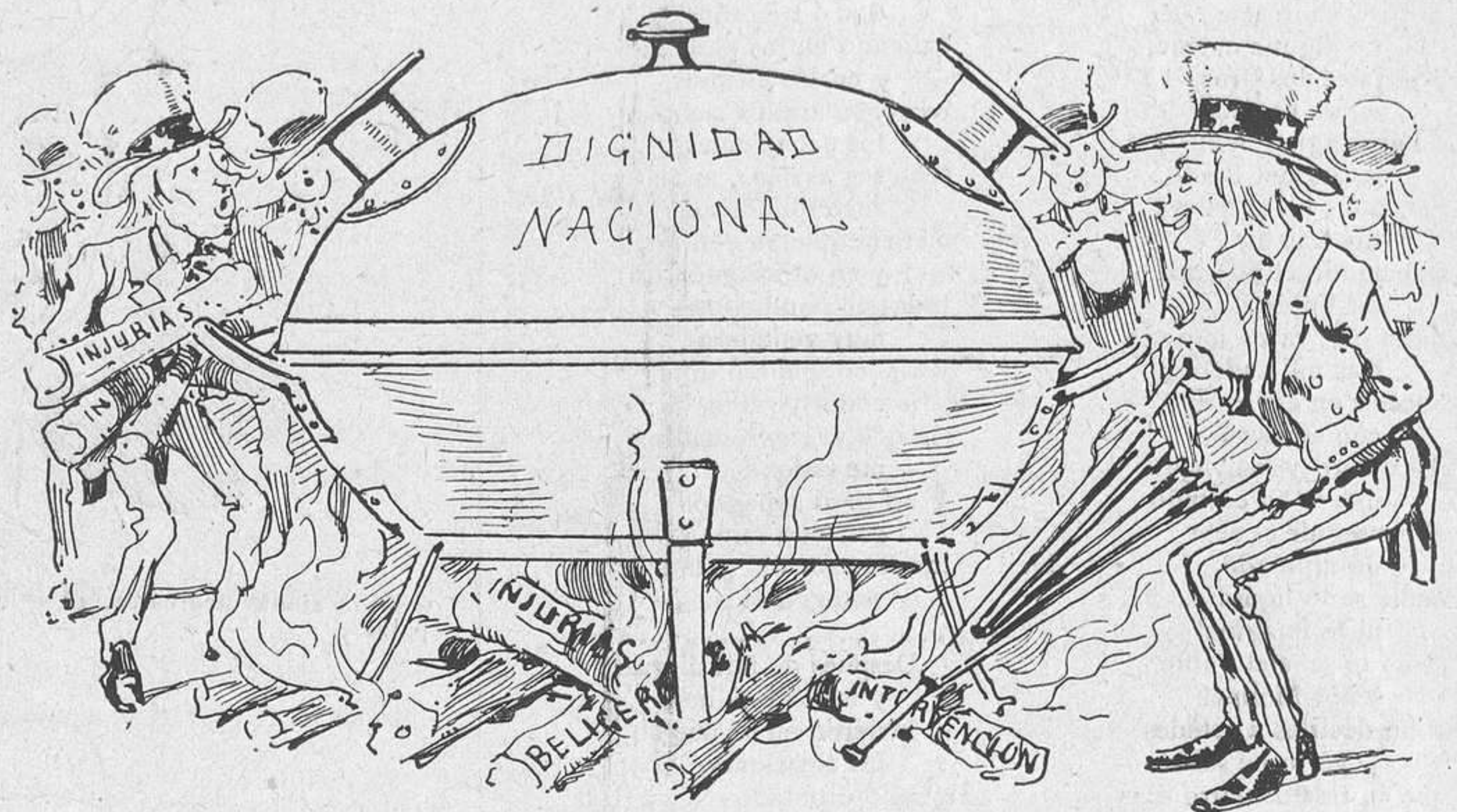
Y se murió. Figuraos
el dolor profundo, intenso,
de una madre que, de pronto,
contempla á su niño muerto
y grita, y nadie la escucha,
y ruega, y se pierde el ruego;
y siente que entre sus brazos
se va enfriando aquel cuerpo
que fué suyo y que tenía
parte de su sangre dentro...

Llorando al pie de la cuna,
mesándose los cabellos,
reza... sin saber que reza,
largas horas, mucho tiempo,
pidiendo á Dios un milagro,
bien poca cosa, un esfuerzo
débil, insignificante
para su poder inmenso:
¡que despierte á su chiquillo!
¡que le saque de aquel sueño
mortal, para que la mire
con sus grandes ojos negros!
Después... buscando á su pena
nueva forma de consuelo,
golpea la cuna, grita,
maldice del universo,
reniega de Dios, blasfema,
llama á la muerte, al infierno,
y rasga sus vestiduras
entre los crispados dedos...

De repente un ángel rubio
se aparece al pie del lecho,
y con la voz argentina,
con el dulcísimo acento
con que entona en las alturas
alabanzas al Eterno,
le dice:—Mujer, no llores.
Yo desde la gloria vengo
sólo á decirte que el niño
goza el estado perfecto
de las almas. Es un ángel
como yo. Dios justiciero
me envía para que calme
tu dolor y tu despecho,
pues que ha alcanzado la gloria
divina y el bien supremo.
Y la pobre loca dijo:
—¡No! ¡Yo sé que mi pequeño
estaría entre mis brazos
mucho mejor que en el cielo!

Sinesio Delgado.

Lo que puede ocurrir.



Y el buen entendedor... no necesita explicaciones ni comentarios.



El mozo de estoques.

I

Había empezado lo mismo que la mayor parte de los matadores que gozaban de más fama y cobraban más dinero, esto es, dejando el oficio á que querían dedicarle sus padres, y abandonando primero temporal y luego definitivamente su hogar para recorrer todos los pueblos en que había capeas, padeciendo hambres en los caminos y revolcones en las plazas.

Y había puesto cuanto estaba de su parte para continuar la carrera. La prueba de ello es que llegó, no sin trabajos, á vestir el terno de luces, más ó menos opacas, pero luces al fin, saliendo á parear en algunas novilladas de cierta formalidad, adscrito, aunque *per accidens*, á las cuadrillas de tres ó cuatro novilleros de relativo cartel.

Pero allí había acabado todo. Los toros vistos de cerca le inspiraban más respeto de lo que *su loca fantasía* le hiciera creer, y el pícaro instinto de conservación por un lado, y las gritas del público por otro, le hicieron caer en la cuenta de que no era para él el porvenir alfombrado de laureles y sembrado de onzas de oro con que comenzó soñando.

Eso sí, la afición no la abandonó. La suerte estaba echada y había malgastado tanto tiempo, que ya no era hora de retroceder. Era preciso vivir de aquello que tanto pavor le inspiraba, y aunque la cosa le pareció difícil en principio, á fuerza de cavilaciones y de abdicaciones de su ambición, acabó por dar con la solución del problema, cohonestando dos extremos que parecían tan difíciles de casar.

Juan Morales, *el Churrrito*, que eran el bueno y el mal nombre de nuestro héroe, sentando plaza de mozo de estoques, hizo, si bien más modesta, más rápida carrera.



Pocos meses pasó, sufriendo más penalidades que harturas, á las órdenes de uno de tantos desdichados como viven con tres corridas. Al cabo de ellos la fama de su ligereza, su carácter servicial y alegre, y sobre todo la actividad que desplegó siempre en las más menudas tareas, le abrieron camino para desempeñar las mismas funciones al servicio de un espada de los de más justo renombre, y de esos que, por no poder dar paz á la mano en lo de dar volapiés y estocadas aguantando, pasan du-

rante el verano tres cuartas partes de la existencia en el ferrocarril.

Y desde entonces *el Churrrito* se encontró como el pez en el agua.

II

Aparte de que ya no le faltaba nunca un duro que jugarse cuando tenía unos minutos libres y de que fumaba y bebía, de *gorra* por supuesto, mejor que un príncipe, lo que le hacía más amable la existencia era poder pasarla al lado del ídolo que había adorado toda su vida.

Porque de sus primitivas aficiones, todo lo que había quedado al *Churrrito* era un culto rayano en la idolatría, tributado al maestro, que admiraban todos y sólo discutían los partidarios del rival único con que se dignaba contender en las plazas.

Por eso, cuando el *maleta* hacía la trenza al diestro famoso para prender de ella el añadido, cuando apretaba á su airoso cuerpo el ceñidor, y más que nada, cuando se inclinaba en respetuosa genuflexión para anudarle las borlas del calzón ó para hacer la lazada á las zapatillas, más parecía fervoroso creyente ante la imagen de su devoción, que maleante mozo de espadas, gerifalte de propinas y neblí del aromoso habano olvidado por el matador.

Sobre todo, á lo que nadie se hubiera atrevido delante del *Churrrito* era á tomar en boca, como no fuera para alabarle, al maestro. ¡Bonito era él! Cobarde cada vez más ante los toros, no hubiera vacilado en ponerse delante del hombre más bravo, con la herramienta en la mano, si alguien se hubiera permitido la broma más ligera que pudiera ofender al que para él lo era todo en el mundo.

Y eso que, como atenciones, no las debía grandes al ídolo á que, de día y de noche, estaba adivinando los menores caprichos. Larguezas sí las tenía con él; pero con tal desabrimiento hechas siempre, y alternadas alguna vez con tan malos tratos de palabra, y en ocasiones de obra, que otro, que no hubiera tenido aquella adoración, ni de su padre los hubiera sufrido.

Pero ya dije que Juan Morales, conocido por *el Churrrito*, era creyente de buena fe, y cuando ésta es ferviente, nada la hace desmayar.

III

En la corrida de aquella tarde la suerte no había favorecido gran cosa al ídolo del *Churrrito*.

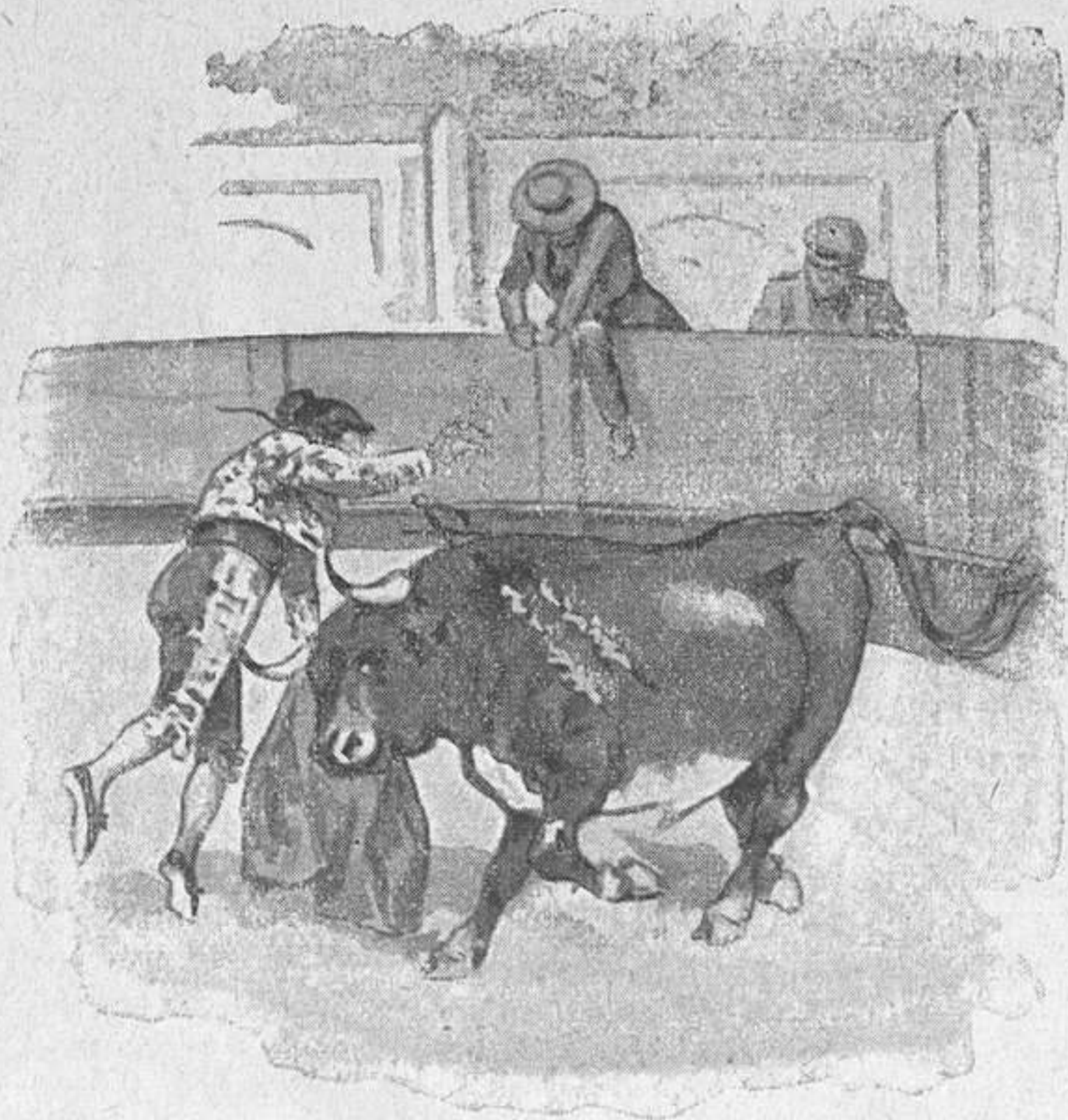
Llevaba muertos dos toros de los tres de que debía dar cuenta, y mientras su rival había estado escuchando incesantes

aplausos, él, cuando no con protestas, con el más hostil silencio había visto recompensado su trabajo.

En el tercero de los suyos, que era el penúltimo de la corrida, era donde únicamente podía tomar el desquite, y su mala sombra hizo que éste, sobre ser el de más peso y maderera en la cabeza, llegara al último tercio de la lidia desparrramando la vista, acostándose del lado de la muerte y siendo de esos de los que los toreros dicen que «es el que viene por el dinero de la temporada».

El matador empezó tomándole de muleta con relativa confianza; pero una colada del animal le descompuso y desde entonces ya no pareció pensar en otra cosa que en quitarse de delante, fuera como quisiera, al terrible enemigo.

Sin embargo, una voz muy conocida por pertenecer á uno de los más fervorosos partidarios de su rival, que salió del tendido más próximo al terreno que ocupaba el toro entonces, motejándole de cobarde, le hizo olvidarlo todo, y poniéndose más en corio que nunca y entrando á matar con temeraria valentía, marcó una estocada en todos los rubios.



Pero la desgracia hizo que tomando hueso el animal pudiera rehacerse y, sin más que alargar la cabeza para cortar la salida, le engancho por la ingle.

Un grito de horror resonó en la plaza, grito que subió de punto un momento después, cuando los espectadores vieron que el toro tenía prendidos en los pitones no un hombre, sino dos.

El mozo de estoques, el maleta, Juan Morales el Churruto, no había dudado en arrojarle á la cabeza del animal, creyendo poder salvar así á su ídolo.

Cuando el toro soltó su doble presa, el matador se levantó completamente ileso. El que salió del ruedo para la enfermería, conducido en brazos de los mozos de plaza, fué el que pretendió ser su salvador.



Sin embargo, el maestro no volvió la cara siquiera. Es más, embriagado por la delirante ovación que le valía la magistral muerte que había dado al toro, ni se curó de preguntar por el herido.

IV

La lesión sufrida por éste fué, por fortuna, tan leve que á los dos días estaba en la calle.

Pero la noche del mis no día en que salió fué á buscar al que, por increpar de cobarde al famoso espada, estuvo á punto de producir una tragedia de que tarde ó nunca se hubiera consolado España, peleó con él y tuvo tan mala suerte que su adversario le partió el corazón de una puñalada.

Lo cual no fué obstáculo para que, al día siguiente, aquel nunca bastante celebrado espada á que tanta adoración tuvo el muerto, después de visitar á uno de los altos personajes que le dispensaban su amistad, para lograr que se echara tierra sobre un asunto de tan poca monta que «no valía la pena de que fuera un hombre á presidio», pasóse la noche en un colmado celebrando entre el *cante flamenco* y la manzanilla su último triunfo.

Y aquéllos fueron todos los funerales del pobre mozo de estoques.

Angel R. Chaves.



Andaluces sin acento.

Ya no hay pobres, caballeros;
ya en Madrid se dió en el clavo,
y el que pase sinsabores
será que quiera pasarlos.
No hay más que echarse á la calle
é, inquiriendo y preguntando,
dar, que no es cosa difícil,
con un duro sevillano
y ya, ocurra lo que ocurra,
tiene duro para rato.
Nadie le dice si es bueno
ni le aseguran que es malo,
pero que corra un trimestre
tiendas, tahonas y estancos,
y está á los noventa días
aún con el duro en la mano,
dueño de cinco pesetas,
pero sin tener un cuarto.
¿De dónde salió esa plaga?
¿Son de plata ó son de estaño?
¿Los autoriza el Gobierno?
¿En qué sitio hay que cambiarlos?
¿En qué consiste la falta?
¿Resulta penable el caso?
¿Qué hace el ministro de Hacienda?
¿Qué medidas toma el Banco?
Porque aquí, en queriendo un chusco
tomar el pelo al cristiano,
con decir *ese no pasa,
es de Sevilla*, acabado;
y como yo en el acento
no logro diferenciarlos,

resulta que, viendo un duro,
parece que veo al diablo.
Logro cambiarlo en pesetas,
y ya está el jaleo armado,
porque unas son filipinas
y otras de no sé qué año,
que tienen el busto á zurdas
y también les hacen ascos:
de modo que la moneda
única para el mercado
son las perras, y las perras
pesan de un modo endiablado
y hacen polvo los bolsillos
y ponen sucias las manos,
amén de que las hay *fules*
también, aunque en menor grado.
Conque, queridos amigos
y nobles conciudadanos,
ya sabéis para un apuro
dónde os aprieta el zapato.
Guerra incansable y á muerte
á los duros concentrados,
exterminio á las pesetas,
cambiarlas todas en cuartos
bulgdós, falderos ó ingleses
mestizos, chinos ó galgos,
si queréis comprar chuletas,
merluza, aceite y tabaco,
porque se han puesto las cosas,
en este pueblo de vagos,
que el Dios de los cielos no
toma un duro sevillano.

Calixto Navarro.



Menudencias.

Con tostada tomó Prada
chocolate en un café,
¡y el caso es que Prada fué
quien dió al mozo la tostada!

—Tan matemático es Retes
que lleva, por su afición,
con cifras el pantalón.

—¿Con cifras?

—¡Claro, con sietes!

¿Que has hecho un drama en tres actos
y te parece muy bueno?
¡Pues no me pescas á tiro
mientras no pase año y medio!

Di una cita una noche á Filomena,
teniendo una gran cena preparada,
y me harté de esperarla como un bolo.
¡Pero no perdí nada,
porque, hartó de esperar, cogí la cena
y me comí de los dos yo solo!

Federico Canalejas.

ESPAÑA CÓMICA.



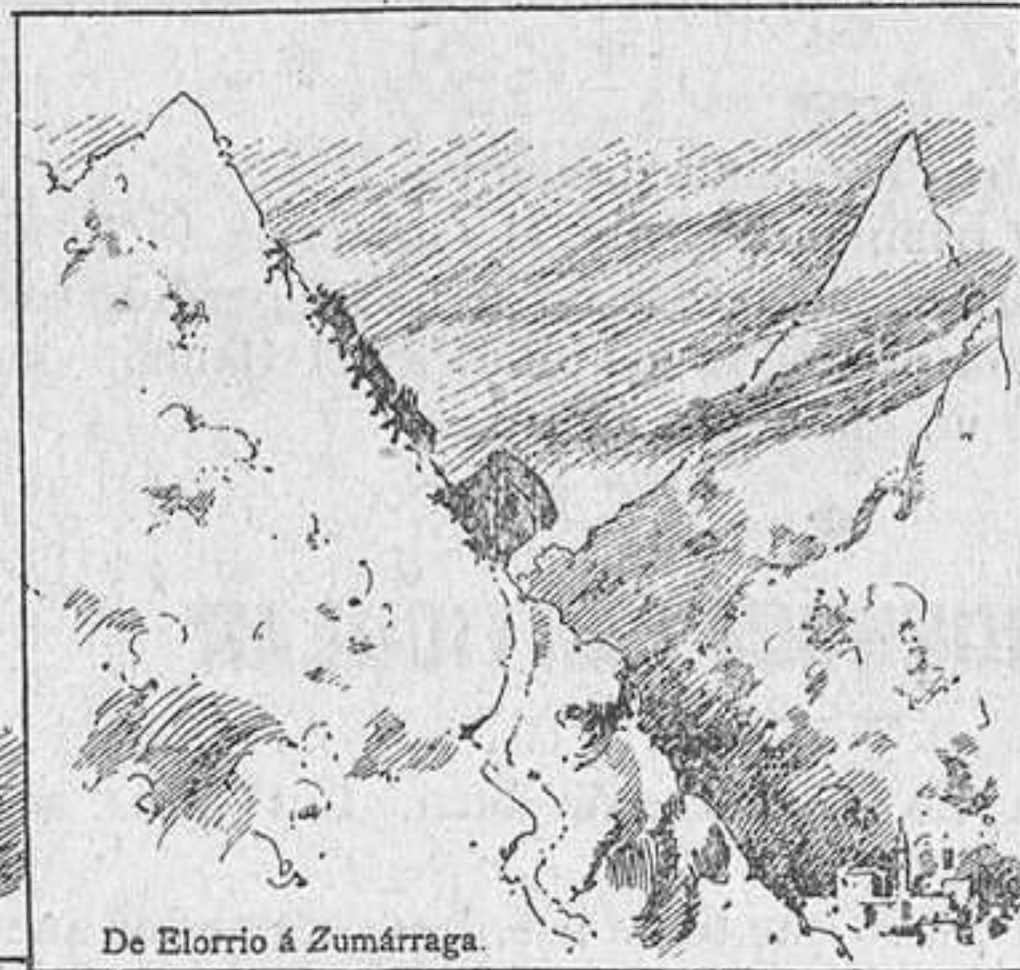
Petites Sonstiarros.

Un guardia municipal que parece un General

Miquelete



Bombero.



De Elorrio á Zumárraga.



Este boulevard no tiene á ninguno nada que ensidiara



El mejor palacio que se ha levantado en el mundo al Rey... de copas



¡Oh! ¡la concha!



Los mozos del Casino.

CHISMES Y CUENTOS.

¿Quién ha dicho que los empleados de Correos no tenían voto?
¡Vaya si lo tienen!
Y lo usan con toda comodidad, puesto que, entretenidos sin duda en ejercitar el sagrado derecho del sufragio, han dejado que esta semana se extravíen un paquete sí y otro también.
Pero, en fin, yo los perdono el desaguizado.
Porque si se han distraído esta vez, ha sido para bien de la patria.

Está en el aire el mensaje de Cleveland, consecuencia lógica de la votación de las Cámaras yankees.
Y estamos haciendo con él el juego que hemos hecho con todas las injurias de la misma clase que anteriormente han tenido á bien dirigirnos los Estados Unidos.
Negándole primero, admitiendo la posibilidad después, asegurando luego que será sumamente amistoso, y... tragando la pildora por fin, sin atenuaciones ni distingos.
Y si no, ya lo verán ustedes.
De manera que á la postre va á resultar que lo único serio que queda en el mundo es el Capitolio de Washington. Porque va derecho á su negocio sin pararse en barras.

Entre tanto la isla de Cuba camina á pasos agigantados hacia la emancipación, digo, hacia la pacificación completa.
El domingo se verificaron en toda la isla las elecciones para diputados, con orden y tranquilidad perfecta.
Dos días antes no había posibilidad de sostener las comunicaciones, y en cuanto llegó el momento de votar, los insurrectos dieron paz al machete y todo el mundo se dedicó exclusivamente al sufragio.
Por cierto que obtuvieron gran mayoría los candidatos ministeriales. Y eso ¿qué prueba?
Que los habitantes de la isla no sólo quieren ser españoles, sino que no pueden vivir si no les manda Cánovas.
De modo que podemos estar tranquilos. Aunque Maceo y Gómez llegaran á triunfar y pretendieran proclamar la república, en la primera votación para elegir presidente se llevarían chasco. La gran masa de población pediría el virreinato de Weyler.

Y ahora que me acuerdo. Eso de que lleguen á triunfar Gómez y Maceo no va á poder ser... por ahora. En caso triunfará Gómez solo. Á Maceo lo tenemos encerrado en una red de alambre va para dos meses. Y como el

pobrecito no puede romper la línea, tiene que entretenerse, dentro de su jaula, en quemar poblados y machetear guerrilleros.
Y eso ¿cuánto puede durar? Pues... á todo tirar cuatro ó cinco años. De modo que no hay más que tener un poco de paciencia.

Mientras se decide eso de la línea Mariel-Artemisa, por acá podemos ir consolándonos buenamente.
Por de pronto, una de las primeras zarzuelitas que se estrenarán en el Teatro del Príncipe Alfonso, según los anuncios, se titula *Cuba* y pertenece al género patriótico.

Y además...
Pero leamos:
«La empresa del Circo de Colón ha contratado al popular cantador de jota Sr. Algora, con objeto de que tome parte en el apropósito lírico en un acto y tres cuadros *Cuba española*, que se estrenará muy en breve.»
De modo que figúrense ustedes si podremos desahogar el entusiasmo.
¡Bien nos vamos á poner de gritar: ¡Mueran los mambises!

Al día siguiente de quedar derrotado el marqués de Cabriñana (¡qué casualidad, hombre!), le llamó el señor juez para participarle la grata nueva de que por uno de los procesos que se le siguen se le exigían tres mil pesetas de fianza. De no depositarlas se le embargarían los muebles, y si no tuviera muebles, se le metería en la cárcel.

Bueno, pues el marqués no depositó las tres mil pesetas y los periódicos anunciaron que se procedería al embargo inmediatamente.
¿Se procedió? No, señores. Quedó en agua de cerrajas todo aquello; para probar que eso de los autó, sentencias, etc., etc., de la administración de justicia no es tan firme y seguro como parece. Se cumple ó no se cumple, según las circunstancias ..

En cambio, y váyase lo uno por lo otro:
«Se encuentran ya (ya, gracias á Dios) en poder del juez de la Audiencia, Sr. Gullón, los cuatro procesos del principal que se instruyó con motivo de las denuncias formuladas por el marqués de Cabriñana contra la Administración y algunos concejales del Ayuntamiento de Madrid. Probablemente de hoy á mañana estas cuatro causas serán enviadas á la Audiencia para su estudio y calificación.»

Bien, pero esto tiene una contra.
Que cuando acaben de estudiarlas y calificarlas, los señores procesados gozarán ya de la inmunidad parlamentaria y hasta puede que á alguno le coja de ministro.
Y entonces, ¡que les echen un galgo el Sr. Gullón y la Audiencia!

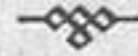
Hay partes que consuelan.

Pongo por ejemplo:

«El candidato conservador ha obtenido cuatro mil votos de mayoría sobre el sagastino.»

Y luego van los electores y se quejan.

Sin acordarse de que esos mismísimos cuatro mil votos de diferencia los obtuvo el candidato sagastino sobre el conservador en las últimas elecciones.



Lo que se ha descubierto con tan fausto motivo ha sido un progreso visible en las costumbres públicas.

Porque en la mayor parte de los distritos se han sacado los votos á pública subasta, y el mejor postor se los ha llevado tranquilamente. Y ha constado así, para nuestra satisfacción, en los telegramas publicados por la prensa.

De modo que si esto no es adelantar, que venga Dios á verlo.

Porque antes dicen que se hacía lo mismo, pero se lo callaban ladamente los interesados.

Y ahora nos hemos dejado á un lado la hipocresía, ó las hipocresías (como dirían los cronistas de nota que se han empeñado en pluralizar la *energía* y el *prestigio*), y obramos con noble franqueza, ó con nobles franquezas.



Y es que los electores se echan la cuenta siguiente:

Al fin y al cabo ha de salir triunfante el que al Gobierno se le antoje, pues... Vamos á sacar algo para el puchero y no se habrá perdido todo.

Y, por lo menos, circulan con profusión los billetes del Banco, que, al fin, para lo que van á valer de un momento á otro...



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Tomé Cecilia.—La primera no se entiende bien. Las otras son un poquito vulgares.

Uno muy malo.—¡Al revés! ¡Si lo que tiene usted es un candor que para mí lo quisiera!

Quintín II.—Tiene un defecto, uno solo. La vulgaridad. Se han hecho muchísimas composiciones con el mismo asunto. La mujer que jura amor eterno en un jardín y luego va y se casa con otro es... casi antediluviana.

El alcalde.—Verá usted:

«Ya llegó la primavera
con sus encantos y flores
de bellísimos colores
que creciendo en la pradera
embalsaman sus olores.
De los montes y collados
entre matas lisonjeras
las ovejas placenteras
con cabras y otros ganados
descienden algo ligeras...»

¡Parece mentira! Porque cuando las ovejas son placenteras y andan entre matas lisonjeras suelen ir ligeras del todo, no algo nada más. ¿Usted me comprende?

Sr. D. B. R.—Una cosa es el sentimiento y otra la sensiblería. Hay que huir de esta última como de las notas de Cleveland... por si acaso.

Sr. D. E. C.—Son muy propios para el álbum de una doncella.

Sr. D. A. C. S.—Contestaré particularmente en cuanto me queden libres cinco minutos.

Raspitas.—Buena es la inocencia para ganar el cielo, pero no tanta que se trasluzca demasiado en los cantares. Hay que echar, por lo menos, unas gotas de picardía humorística.

Aristomajos.—Yo... la verdad, lo siento mucho, pero me veo obligado á repetir que no podemos admitir artículos.

Pepita.—Una advertencia. Al verso «no iríais tan juntos los dos» le sobra una sílaba. Por lo menos ahora; cuando se anulen las elecciones de Madrid, que ya habrá llovido, entonces veremos.

Cabicho.—A cualquier cosa le llama usted versos, y á otra cualquier cosa le llaman las patronas chocolate.

Tiruliqui.—Empezamos de la manera siguiente:

«Tengo yo ¡Ah! una vecina
que vive en mi misma casa
que en lo guapa y en lo fina
no hay quien la ponga tasa.»

Lañtasa, lañvecina... ¡Ah! por ahí no se va á ninguna parte.

Pipá.—Descuidadísima la forma. No hay para qué detallar, porque.. salta á la vista.

Un español.—Patriótica sí es, pero no por eso se libra de ser mediana. Y el patriotismo tiene sus límites, ¡qué porra!

Carrasclás.—¡Eso! usted aquí paseándose tranquilamente, y la artillería de la isla de Cuba pasando mil apuros por falta de medios de arrastre. ¡Habrás visto!

Sr. D. R. T.—¿Qué efecto le haría á usted ver un soldado con chascás? Pues el mismo le hace al público ver un periodiquito con letrillas. Le sabe á cosa vieja.

Ailema.—Los sonetos dedicados á Cuba son peligrosos de suyo. Porque pueden parecerle cursis á muchísima gente. Observe usted que ningún poeta conocido se ha metido en esos estrechos, y ¡qué el himno nacional se quedó en óvulo por la misma causa.

Nabucodonosor.—Fuertecica... y sin mucha gracia que digamos.

Mustio Cebolla.—Bueno, pero eso lo he leído yo en otra ú otras partes. Por lo menos, puedo jurar que me la han enviado varias veces.

Napoléon XII.—Versifica usted con cierta facilidad. Sólo le falta afinar el gusto un poquitín y buscar asuntos con algo de miga.

Zamba que le da.—Sí, que le da por hacer tontunas.

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

CUENTOS DE MI TIEMPO

POR JACINTO O. PICON

Precio, 3,50 pesetas.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MALAGA—HANEZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º